

Donde se dobla el tiempo

El primer informe hablaba de una anomalía gravitacional de baja intensidad detectada en una zona residencial. Nada extraordinario: pequeñas dilataciones temporales, segundos que desaparecían, relojes que se desajustaban sin causa aparente.

El punto exacto coincidía con una cocina.

Cuando llegaron los investigadores, encontraron a una mujer preparando desayuno, revisando una agenda, buscando una media bajo el sofá y respondiendo preguntas en voz baja.

Instalaron sensores.

Esperaron.

No ocurrió nada.

Hasta que el niño apareció en la puerta.

—Mamá, ¿ya cuánto falta?

Las pantallas se alteraron.

Los relojes atómicos registraron una curvatura mínima.

Ella alcanzó a servir su comida, peinarlo, coser un botón, firmar una autorización del colegio, recoger un vaso roto y sentarse treinta segundos a escucharlo hablar sobre dinosaurios y sus teorías sobre la extinción de las especies.

Para el resto del equipo habían pasado cincuenta y dos segundos.

Para ella: once minutos.

Repitieron el experimento durante meses.

Cada vez era igual.

La gravedad aumentaba con frases simples:

—“Mírame”.



—“Quédate”.

—“Una más”.

Publicaron artículos. Propusieron hipótesis. Hablaron de campos afectivos, percepción expandida y singularidades domésticas. Nadie logró reproducir el fenómeno.

Años después, el niño regresó siendo adulto.

La casa estaba vacía.

Encontró una libreta de notas. Era de su madre.

Entre listas de mercado y recordatorios había una palabra escrita muchas veces:

alcanzar

alcanzar

alcanzar

Y debajo, entre tachones:

no me alcanza

no alcancé

ojalá alcance

Él tomó un lápiz.

Escribió:

—Gracias por doblar el universo.

Entonces entendió que nunca hablaba del dinero. Hablaba del tiempo. Y que, de algún modo imposible, siempre le había alcanzado para él.

Autora.

Yanix García Rodríguez

[#MicroCIFI Medellín 2026](#)

